

Tesoros desde el tico: La extraordinario historia de la familia de Ana Frank (Spanish Edition)

Mirjam Pressler, Elias Gerti

ePub | *DOC | audiobook | ebooks | Download PDF



[Download](#)

[Read Online](#)

#2392115 in Books 2011-04-19 2011-04-19 Original language: Spanish PDF # 1 7.90 x .93 x 5.10l, .92 #File Name: 0307743462464 pages | File size: 50.Mb

Mirjam Pressler, Elias Gerti : Tesoros desde el tico: La extraordinario historia de la familia de Ana Frank (Spanish Edition) before purchasing it in order to gage whether or not it would be worth my time, and all praised Tesoros desde el tico: La extraordinario historia de la familia de Ana Frank (Spanish Edition):

Aunque la familia Frank viva dispersa por toda Europa, cada año, con la llegada del verano, se reuna en las montañas que rodean el lago Silser, en Suiza. Alice, la abuela de Ana Frank, esposa de un banquero, llevaba una vida acomodada en Frankfurt hasta que la familia tuvo que mudarse a Londres, Basilea y Amsterdam, lo cual selló el destino funesto de una parte de la estirpe. Hace un tiempo, en el desván de la casa de la Herbstgasse de Basilea donde reside Buddy Elias, el último primo vivo de Ana Frank, se encontraron miles de cartas, documentos y fotografías que sobre - vivieron, como por obra de un milagro, al turbulento siglo XX. Este extraordinario hallazgo ha permitido reconstruir trescientos años de historia de la familia de Ana Frank, desde la vida humilde de su tatarabuelo en el gueto de Frankfurt, pasando por el primer profesor universitario judío de Alemania, hasta el triste fin de Ana, Margot y su madre en los campos de concentración. Todo ha sido ordenado y editado por Gerti Elias, la esposa de Buddy, y a partir de este material, la escritora Mirjam Pressler ha recreado la historia de la familia. El resultado es una saga extraordinaria con episodios conmovedores que muestra que el legado de Ana Frank y su familia no termina en su diario.

About the Author Mirjam Pressler nació en 1940 en Darmstadt. Es la traductora al alemán del Diario de Ana Frank, ha publicado la biografía *¿Quién era Ana Frank?* y casi cuarenta libros de éxito. Pressler ha sido distinguida con numerosos premios, entre ellos la Medalla Carl Zuckmayer por su contribución a la cultura alemana, el Premio de los Libreros y el Premio de los Libreros Alemanes por el conjunto de su obra literaria. Gerti Elias nació en Estiria y se crió en Austria. En 1965 se casó con Buddy Elias y en 1986 se mudó a Basilea, donde se hizo cargo del negocio de antigüedades de Leni Elias. Es miembro del consejo del Fondo Ana Frank, y se encarga del patrocinio de la catedral de Santa Ana Frank. En 2007 le fue concedido el doctorado honoris causa por la Universidad de Basilea. Excerpt. Reprinted by permission. All rights reserved. I. Alice Frank, de soltera Stern (1865-1953) Abuela de Ana Muchas cosas buenas y bonitas Basilea, 1935 Alice mira por la ventana que da a la calle, con el brazo apoyado en el alféizar, y observa a través del cristal cómo el atardecer se va adueñando de la ciudad. Le encanta ese momento, esos instantes azulados entre el día y la noche. Un hombre dobla la esquina. Es el italiano que vive en el sótano de la casa que hay casi enfrente; acarrea un saco lleno de carbón o de patatas. Alice no puede distinguirlo bien en la penumbra, pero se ve que la puerta se abre de par en par y que dos pequeños, un niño y una niña, salen corriendo. El hombre, al verlos, deja el saco, extiende los brazos, y abraza y hace girar a los niños: primero a ella y luego al niño. Al verlo, Alice siente una punzada en su interior: ¿cómo coga Michael a sus hijos cuando vuelva a casa y los pequeños daban chillidos y gritos de contento, igual que esos dos pequeños de ahí abajo, al otro lado de la calle, cuyas voces de entusiasmo ella oye incluso a través de la ventana cerrada del segundo piso. Se da la vuelta. Se queda quieta, con la espalda apoyada en la ventana, y posa la mirada en el gran cuadro ovalado de marco dorado que cuelga de la pared. Escruta a la niña que fue en otro tiempo, y se pregunta si de pequeña ella saludaba así a su padre. Seguramente no. August Stern era un hombre serio y circunspecto, del cual la frulein hablaba siempre en voz baja y con profundo respeto. A Alice le resulta imposible imaginar que él pudiera haber hecho revolotear a un niño en sus brazos. Con esa luz, la niña del cuadro no se distingue con claridad, pero no importa; Alice es capaz de verla incluso con los ojos cerrados, no le hace falta ninguna luz. No recuerda exactamente cuántos años tenía cuando el profesor Schlesinger de Frankfurt la pintó; tal vez cuatro o cinco, seguro que no más. Cuando la frulein la hizo entrar en su estudio, seguramente él exclamó, con su marcado acento de Frankfurt: Aquí está mi adorable señorita. Pero ella no se dejaba engañar por esa voz lisonjera y su sonrisa forzada; sabía lo mucho que se enfadaba si no se estaba quieta en la postura que él quería. Entonces, su rostro, con su perilla castaña, se le contraía y la voz perdía aquel tono adulatorio. A Alice todavía le parece oírlo rindola secamente; al cabo de sesenta y cinco años, aún recuerda el olor a pintura, trementina y tabaco de pipa, y hoy, igual que entonces, siente añoranza de su cuarto de juegos. Se le aparece con gran nitidez: las muecas, la cocinita con un horno que se podía encender, una mesa para comer, con vajilla de porcelana auténtica. An puede ver la estantería con sus libros de cuentos. ¿Existía ya entonces Pedro Melenas? Sí, claro, aún resuena en sus oídos la voz de la frulein leyéndole la historia de Gaspar Sopas; ve todavía su cama con dosel y tules, la ventana con visillos blancos de encaje y cortinas de terciopelo verde, que durante el día se recogían con unos cordones dorados. Recuerda aún a la frulein entrando y diciéndole: Vamos, Alice, cariño, ya es hora. Le desataba el delantal, le quitaba el vestido de jugar y luego le arrebató la muñeca de la mano, que ella intentaba retener con fuerza; y cuando se echaba a llorar, le ponía un dedo en los labios. Chist. A mamá le duele la cabeza. No quieres que mamá siga enferma, verdad? Una niña tan mayor como tú. Se estremece al pensar en ello. Años más tarde, ya con hijos propios, se estremecía cada vez que, sin darse cuenta, usaba la expresión No quieres que...?. Entonces, desesperada, buscaba otras palabras. De niña, esa pregunta era como un conjuro que le quebraba la voluntad, una pócima venenosa que la paralizaba. La pequeña Alice se dejaba poner entonces sin rechistar las braguitas blancas con frunce, las enaguas de color rosa, tan almidonadas que crujían a cada gesto, y encima de todo el delicado vestido de encaje con faja también rosa. Hacía un par de semanas que tenía ese vestido, porque el anterior de los domingos, que era mucho más cómodo, se le había quedado pequeño: el bonito corpino de color azul celeste se le abría tanto que la frulein no podía abrocharse. Su madre había pedido las telas, había elegido los encajes y había encargado el modelo a la costurera de la casa. La mujer, una pelirroja pecosa originaria de Odenwald, así durante días hasta que por fin acabó el vestido nuevo. Alice sonreía mirando el cuadro. La adorable señorita. Durante un instante, casi le parece notar los calcetines cortos blancos y las botitas, que le iban algo estrechas, de piel de cabra de color gris. Es curiosa la precisión con que recuerda todo lo que tiene que ver con ese cuadro, puede que sea porque lo

ha visto durante toda su vida, tal vez sea lo que ha visto durante ms tiempo, ms incluso que los muebles que dos aos atrs trajo consigo hasta Basilea desde Frankfurt. La pintura colg primero en el saln de sus padres y luego, tras el funesto da en que su padre muri y ella se vio obligada a abandonar su hogar y mudarse a la casa de su abuelo, estuvo en la habitacin de Cornelia, su madre; y despus de la muerte de esta, Alice ha tenido siempre el cuadro en su casa, primero en Frankfurt, en la Jordanstrasse y ahora all, en Basilea, en la Schweizergasse 50. Siempre que piensa en ella de nia, se ve como en ese cuadro. La pequea Alice odiaba el recorrido hasta la casa del herr professor Schlesinger. Saba que all tendra que permanecer inmvil, que no podra mover los pies aunque las piernas se le agarrataran y le dolieran, que no podra volver la cabeza para mirar una mosca y que tambin estaba prohibido rascarse en cualquier sitio, aunque le picara. Siempre buscaba excusas para no tener que ir a casa del profesor, pero la frulein insistia: No querrs que tu pap se gaste tanto dinero en vano, verdad?. No, por supuesto que no; pap tena que trabajar mucho para ganar dinero. Cada maana, se pona el sombrero y se marchaba a la empresa, y si la lluvia o una tormenta le impedan salir, se lamentaba. El atardecer avanza y en la pequea habitacin las sombras crecen. El cierre duro de la ventana se le clava en la espalda, pero Alice sigue inmvil, a pesar de que el cuadro se desvanece lentamente ante ella y que de l solo se distingue ya un par de manchas claras. Cuanto mayor se hace, ms prximo siente el pasado, ms claramente y de forma ms ntida acuden a su memoria imgenes que crea olvidadas. Recuerda una frase que su abuelo deca a menudo: Cuanto menos futuro tiene una persona, menor importancia tiene el presente. Sonre al pensar que antes siempre pensaba que eso era pura palabreria, sentencias de un viejo que ya no saba lo que se deca. A fin de cuentas, qu significado poda tener una vida sin futuro? En aquella poca todo era futuro, y uno de cada dos pensamientos empezaba con Cuando sea mayor.... Y ahora? Puede que sea en ese momento cuando se le ocurre la idea, un pensamiento primero difuso y que luego va adquiriendo claridad; empieza con un quiz, luego le sigue un por qu no?, y finalmente deviene un s, de acuerdo. Se encamina decidida al interruptor de la luz, parpadea con la claridad repentina, regresa a la ventana, corre las pesadas cortinas y, tras un par de pasos rpidos, se sienta ante su secreter, que tambin se ha hecho traer desde Frankfurt; a continuacin, abate el tablero, abre un cajn, saca un cuaderno de tapas negras y coge las gafas. Ya sabe lo que tiene que hacer, y se siente aliviada de que se le haya ocurrido a tiempo. Es como si le hubieran hecho un encargo en el pasado que por fin ahora comprende. Va a contar la historia de su vida a sus hijos Robert, Otto y Herbert, y a Leni, su hija. Les escribir una carta que les entregar la semana siguiente, cuando se renan todos para celebrar su setenta cumpleaos. Esta vez no ser ningn poema, nada divertido, ninguna de las habituales indirectas que provocan sonrisas elocuentes entre los adultos y risitas en los nios, que naturalmente estn familiarizados con el lenguaje de la familia. No. Ser algo para que sus descendientes la recuerden cuando ella ya no est, algo que vincular a sus hijos a un pasado que tambin es suyo y que han perdido por culpa de esos nazis brbaros. A saber si recuperarn alguna vez lo que les han arrebatado. Hay veces en que Alice ya no cree que el mundo vuelva a ser como antes; los nubarrones que se ciernen en el horizonte le parecen demasiado amenazadores. Y con ese tiempo, no hay quien salga de casa, piensa sin sonrer, recordando a su padre. Desenrosca el tapn del tintero, coge un portaplumas, lo moja en la tinta y empieza a escribir: 20 de diciembre de 1935 Queridos hijos mos: Tras mucho tiempo, os veo por fin reunidos de nuevo en torno a m con motivo de la celebracin de mi 70 cumpleaos. No temis que haya un propsito particular en el hecho de que hoy os vaya a contar de forma breve y retrospectiva mis aos de juventud. Se trata tan solo de la necesidad que tengo de regalaros un recuerdo perdurable de este da. Qu poco saben en general los hijos de la juventud de sus padres! Y a los nietos todava les resulta ms difcil hacerse a la idea de que nosotros fuimos tan jvenes como hoy lo son ellos. Con el tiempo, se darn cuenta de ello, y entonces entendern y comprendern muchas cosas. Incluso los hijos adultos acostumbran a saber solo lo que han visto y vivido ya como personas pensantes. Con todo, vuestro padre os contaba a menudo cosas de su infancia y de su juventud en el gran crculo familiar en su vieja y entraable casa de Landau. All, la veneracin por los padres y el hermosa y profunda. All se compartia el destino de cada uno y tambin todas las alegras. En efecto, piensa Alice con nostalgia, aquella casa, un edificio medieval, era muy bonita aunque tal vez con aspecto de estar un poco venida a menos. En otros tiempos, haba sido un puesto de correos, un hostel para las diligencias, los caballos y los viajeros. Sin embargo, cuando en 1855 se inaugur el tramo de ferrocarril entre Neustadt y Landau y, poco tiempo despus, entre Landau y Weissenburg, las diligencias desaparecieron y el propietario abandon la casa conocida como Zur Blum. Por eso Zacharias Frank, el padre de Michael, pudo adquirirla en 1870 para su familia. Aunque para entonces Michael ya tena diecinueve aos, por lo que no vivi mucho tiempo en ella. El padre de Zacharias Frank, Abraham, se haba trasladado, como tutor privado, de Frth a Niederhochstadt, una localidad situada a unos diez kilmetros de Landau; Zacharias se haba mudado en 1841 a la ciudad, despus de obtener una licencia para el comercio de artculos de ferreteria. Hizo buenos negocios, se pas luego al prstamo monetario y se convirti en banquero. Alice no lo conoci, ya que muri un ao antes de que ella se casara con Michael. l y su esposa, Babette, tuvieron nueve hijos, cuatro nios y cinco nias. Michael era el sexto, y su madre estaba preocupada porque, pese a tener ms de treinta aos, todava no se haba casado. Por eso, cuando l y Alice se prometieron estuvo muy contenta. Toda la familia la recib con los brazos abiertos. Al principio, Alice se senta abrumada con tanta gente hablando a gritos y rindose a carcajadas, personas que esperaban demasiado de ella y que se le acercaban demasiado. Habra preferido retraerse, salir de paseo a solas con Michael; poder sentarse en silencio y ordenar sus ideas, pero eso all era imposible. Apenas se acomodaba en algn sitio con una labor cuando visitaban a la familia de Landau siempre se llevaba una labor a la que agarrarse, que al

instante apareca una cuada, una ta, una prima poltica, una vecina o incluso su suegra para incitarla, a voces y con un entusiasmo incomprensible para ella, a realizar una tarea en la casa o en la cocina, dar un paseo hasta el mercado, o hacer una visita. Babette, su suegra, era una mujer agradable y de buen talante, amiga de comer mucho y bien, de lgrima fcil y risa an ms fcil. Pero era tambien una persona resuelta. Haba criado nueve hijos y, pese a su edad, seguia llevando adelante aquella gran casa. Para aquella mujer, que tal vez entonces fuera ms joven de lo que ella lo era ahora, resultaba incomprensible que Alice no supiera cocinar, que nunca hubiera aprendido a hacerlo, y que tampoco llevara trazas de querer aprender. El amor entra por el estmago, le dijo en una ocasin, antes incluso de que se casaran, a lo que ella respondi: Nosotros siempre tuvimos cocinera. Entonces, Babette neg con la cabeza incrdule y dirigi una mirada de conmisericin a su hijo Michael. En otra ocasin, Alice haba odo cmo una de sus cuadas susurraba a otra: La novia de Michael es demasiado fina para ensuciarse las manos. Eso le sent mal, pero hizo como si no hubiera odo nada. No. A Alice no le fue nada fcil acostumbrarse a esa familia, pero saba perfectamente lo que se esperaba de una buena nuera y se atuvo a ello. Con los aos, aprendi a valorar la sincera cordialidad de los Frank y comprendi que lo que al principio haba considerado vulgar alboroto era expresin de vivo afecto, y lo que le haba parecido curiosidad impertinente era, en realidad, sincero inters. Alice sonre. Moja la pluma y sigue escribiendo. Mi infancia transcurri por derroteros totalmente distintos. Al ser hija nica y con mi madre casi siempre enferma, pronto conoc el lado oscuro de la vida. De todos modos, faltara a la verdad si dijera que mi infancia me pareci triste, aunque no la recuerdo tampoco como muy alegre. El profundo amor de mi madre me compens de muchas tristezas. La seriedad y la propensin a cavilar en exceso configuraron mi carcter hasta hoy en da, y hasta mis aos de madurez no me di cuenta de que tambien poda alegrarme de muchas cosas buenas y bonitas por las que tena que estar agradecida.